



HASTA LA RAÍZ

Lisdey Nataly

Jácome Sánchez²

Auxiliar Administrativa
en el CAT Medellín

En una tierra inhóspita y lejana, donde reinaba la pureza de lo desconocido, vivía desde hacía algunos años una comunidad que era muy unida entre sí, pero desconfiada, especialmente frente a los foráneos que quisieran allegarse. Tal desconfianza tenía unas causas; sus habitantes no siempre fueron así; cuando llegaron los primeros visitantes fueron recibidos con bombos y platillos, les prepararon los mejores agasajos, con bailes, sones y colores; los anfitriones celebraban con aquella visita que les prometía tantas cosas, mejores casas, excelentes trabajos, mejores tierras y agua. No pasó mucho tiempo antes de que los recién llegados mostraran su verdadera intención: comenzaron a explotar cada una de las riquezas que poseía la comunidad, su tierra, su agua, sus animales, sus personas; ellos querían comercializarlo todo.

Después llegaron nuevos grupos dizque a defenderlos de los malos tratos y de la explotación de los anteriores, para -esta vez sí- mejorarles la vida. Fueron recibidos aún con más alegría, pero eso no fue suficiente, la historia se volvió a repetir: los lugareños cada vez tenían menos y la gente estaba más triste. La visita de unos y otros que hacían fila para mirar qué arañarle a aquella comunidad tan particular se hizo constante, hasta el punto de que ya ni siquiera fingían que venían a mejorar la calidad de vida; ahora simplemente llegaban y arrancaban

² Es Auxiliar Administrativa en el CAT Medellín. Correo electrónico: lisdeyjacome2009@gmail.com

más pedazos de su tierra, que parecía no bastarles nunca.

Cansados ante tantos engaños, los habitantes del lugar se volvieron más desconfiados y decidieron no dejar entrar a nadie más a su comunidad; por la tierra no podían hacer mucho, porque los otros eran más, pero se guardarían para sí las palabras y la alegría que nadie les podía quitar. Una noche, llegó un señor de nombre Antonio; venía de un lugar muy lejano, y a pesar de su apariencia humilde y bienhechora, tampoco fue bien recibido; las personas lo miraban con encono y desconfianza, pero esto solo reafirmó en él su determinación de ayudar, pues no traía más que un mensaje de amor, que podía descubrirse tras aquel brillo inusual en sus ojos.

Sus primeros días allí no fueron fáciles pues, aunque sus intenciones eran buenas, de nada servía anunciarlas; indefectiblemente eran recibidas con total incredulidad, así que con una determinación intacta, se dedicó a demostrar su bondad. Una tarde mientras caminaba por la orilla del río vio a un niño que lloraba encogido en el suelo mientras se tenía la barriga; de inmediato se le acercó y con unas hierbas que traía en su mochila le preparó un bebedizo que le alivió el dolor; el muchacho, dando brincos de felicidad, lo tomó de la mano y lo llevó casi que corriendo hasta su casa, donde -entre gritos y saltitos- le contó a su mamá la ayuda que había recibido. La señora que amaba a su hijo por encima de todo, miró a Antonio con sus ojos expresivos llenos de gratitud y le estrechó la mano con entusiasmo, mientras le decía al niño: "Gonzalito, tráigale algo pa' tomar al señor". Este fue el principio de una amistad que creció en respeto y afecto y que finalmente le abrió las puertas de la comunidad a Antonio.

Después de ese día, su fama de curandero se regó rápidamente por todo el territorio, consiguiéndole pacientes por montones que acudían a él en busca de alivio, del cuerpo y también del alma puesto que era un hombre que entendía la bondad como una forma de replicar el bien hacia los demás.

Su carisma, paciencia y ternura le abrieron definitivamente las puertas en un territorio que había sido inhóspito y agreste, pero que guardaba más riquezas, bellezas y virtudes de las que se podrían enumerar, y que Antonio sabía apreciar con ojos de

gratitud, pues en cada cosa veía a Dios y su mano creadora que le había regalado a la comunidad este suelo que pisaban... este rincón lleno de verde y de otros colores, de diversidad, de agua, de animales como poniendo todo a su alrededor queriéndolos a cada paso.

Así pues, Antonio fue amando cada vez más aquel lugar y a su gente; además de curandero pasó a ser profesor, que es también una forma de sanar de la ignorancia; reunía a la gente para enseñarles lo que sabía: leer, escribir, dibujar, sumar, restar; sus enseñanzas no se quedaban ahí; también les hablaba de Dios y de su amor, pero de una manera diferente. Él no había venido a quitar, cambiar o imponer creencias. Contrario a lo que otros visitantes les habían dicho antes a los lugareños, él no vio pecado en su música, ni en su alegría, ni en sus bailes ni en el color; por el contrario, para él Dios también estaba ahí, porque todo era un don.

Una noche mientras caminaba de vuelta al lugar donde dormía, notó que del pecho le salía una ramita llena de hojitas verdes y pequeñas semillitas de colores brillantes; intentó jalarla creyendo que tal vez le había caído de algún árbol, pero sus raíces estaban fuertemente arraigadas en su cuerpo y no cedieron ni siquiera un poco. Aunque esto le parecía particularmente extraño, no gastó su tiempo pensando en la lógica de esta repentina aparición y prefirió creer que en unos pocos días, la ramita desaparecería así tal como brotó. Pero lo cierto fue que conforme pasaba el tiempo y mientras más compartía, enseñaba y quería a aquellas personas, más fuerte y colorida crecía la ramita que ahora se había extendido por todo su cuerpo envolviéndolo en una sensación de paz y de especial tranquilidad. Él no se podía explicar a qué se debía aquel extraño fenómeno, pero por alguna razón tampoco le causaba temor; era como si la ramita hubiese estado desde siempre dentro de él y solo ahora que estaba tan grande, comenzaba a extenderse hacia afuera y a hacerse visible.

Un día, mientras conversaba con Gonzalito -su compañero más leal desde aquella tarde en que se conocieron y quien seguía con atención sus enseñanzas asistiéndolo en todos los proyectos-, notó la mirada curiosa del niño que observaba las ramitas fijamente. Solo atinó a preguntar:

- ¿Qué harás con las semillas?

¡Las semillas! Eso era, ¡Hay que sembrar las semillas! de pronto todo estaba claro, Antonio tenía un camino por recorrer y a su paso debía dejar las semillas.

En primer lugar visitó un resguardo Embera cercano del que había escuchado hablar muchas veces; cuando llegó allí, se dio cuenta de que aunque poseía ciertas diferencias con sus habitantes, los emparentaban muchas cosas, los afectos, la ternura y el respeto por la tierra. El lenguaje era una barrera fácil de traspasar porque tenían la posibilidad de los actos que casi siempre dicen más que las palabras. Así que enseñaban y aprendían en total armonía: la música -aunque era diferente- nacía del mismo sentir, y cantaban las mismas emociones. Mientras se mecía al compás de la melodía iban cayendo una a una sus semillas, cada una daba origen a plantas de diferentes colores y tamaños, pero todas compartían una misma belleza sin igual.

Así, Antonio fue moviéndose por varios lugares, dejando a su paso miles de plantitas florecidas que se mecían cada vez que un tambor retumbaba, con lo que al mismo tiempo regaban más y más semillas. Al cabo de unos años cuando Gonzalito ya era un joven, Antonio le entregó un puñado de semillas; estas superaban a las otras en tamaño y color. Mientras las de siempre eran pequeños óvalos unicolor, estas eran grandes esferas negras con un grabado amarillo con la forma de un ave. Gonzalo recibió aquel regalo con enorme alegría y agradecimiento, mientras que su maestro abrazándolo le dijo:

- Ahora es tu turno de plantar, regar y cuidar las semillas en los lugares a los que yo ya no puedo llegar.

Ambos, sabían que el tiempo final de la provechosa visita de Antonio estaba llegando a su final, así que como despedida cultivaron juntos en aquel lugar tan amado por los dos; mano a mano prepararon la tierra y plenos de esperanza plantaron una de las semillas que fue creciendo cada vez más grande y fuerte gracias a sus esfuerzos y cuidados.

Ahora era el turno de Gonzalo para seguir su camino sin olvidar el regalo de Antonio; fue a cada lugar enseñando lo que con el ejemplo había aprendido



de aquel maestro, sin olvidarse jamás de plantar semillas en las ciudades que recorría, para que crecieran hasta convertirse en árboles fuertes que expandieran sus ramas hasta cobijar y proteger a todas las comunidades, al tiempo que regaban más semillas que se diseminaban de mano en mano y de boca en boca.

Nunca se supo la razón de la aparición de aquella ramita en el pecho de Antonio; cuando le preguntaban por esto a Gonzalo, él solo atinaba a decir que aquella era el amor del señor Antonio, tan grande que se le desbordaba del pecho y que -como sus actos y enseñanzas- se expandían con rapidez. De igual manera, las ramitas seguían ayudando a regar aquel montón de semillas por la tierra y en el corazón de la gente, convirtiéndolo a todos y a todo en una gran unidad Claretiana, haciendo parte de un gran bosque que arropaba a todos, uniéndolos en sus diferencias y llenándolos de paz.

Hace ya 15 años que Gonzalo sembró con audacia la primera semilla que recibió de su maestro y desde entonces jamás se ha detenido; los árboles no han parado de crecer y sus raíces que son cada vez más fuertes y profundas siguen sosteniendo varias sedes de esta universidad que inició su aventura en Quibdó y que como la ramita de Antonio se extendió a muchos otros lugares.